

Llamados por nombre

**Convertirse en familia:
del carisma de uno,
el carisma de todos.**



FELICITACIONES NAVIDEÑAS EN LA FAMILIA
CARISMÁTICA ROSMINIANA

Llamados por nombre

Convertirse en familia:
del carisma de uno, el carisma
de todos.

A la queridísima Madre, la Hermana Antonietta, y queridas Hermanas Rosminianas de la Providencia, a los Hermanos y Padres del Instituto de la Caridad, a los queridos novicios, postulantes, aspirantes y a todos los jóvenes que están en un viaje de discernimiento hacia la vida religiosa, a las Hijas e Hijos Adoptivos, a los Adscritos y Adscritas, a los Adscritos Consagrados, a la Madre General Hna. María Servatrix y a las "Hermanas de Nuestra Señora de Usambara", al Servidor General, el diácono Alexander Toro, junto con las Hermanas y Hermanos de la "Familia Fuente Real", a las queridas Hermanas del Carmelo de Maracaibo y Alto de Escuque, Venezuela, y a las Hermanas Carmelitas de Lushoto, Tanzania, a los amigos de la familia Rosminiana, antiguos alumnos, personas cercanas a las comunidades, a familiares, parientes, creyentes cercanos a nosotros, colaboradores, personas de buena voluntad,

Queridos hermanos y hermanas,

¡Feliz Navidad 2025 y un bendecido Año Nuevo 2026!

La esperanza es la sonrisa de un Niño; la esperanza es también la alegría de una mujer anciana a quien la peregrinación de la vida le ha hecho crecer en confianza, bondad y en la certeza de que Dios está presente.

El ambiente era de alegre celebración durante la cena tradicional panameña realizada el pasado mes de noviembre en uno de los grandes hoteles de la capital. En un salón con más de

trescientas personas, reconocía los rostros bajo los colores vivos de los trajes típicos: eran las mismas personas que había visto en la Eucaristía, ya que la cena también tenía como finalidad recaudar fondos para la parroquia.

Era un verdadero banquete, envuelto en una luz casi irreal y animado por un reconocido grupo musical. Apenas sonaba una nota, los invitados se levantaban de sus mesas y, bailando, se dirigían al centro del salón. Todos sonreían. Pensaba que esta debía ser la atmósfera de aquel banquete que el profeta Isaías describe como la fiesta de todos los pueblos, la paz definitiva, la alegría del Reino eterno y universal (cf. Is 25,6-10).

Una señora mayor bailaba apoyándose en su bastón y parecía la más feliz de todas, siguiendo el ritmo de la música. Incluso después, mientras todos comíamos, como hacen los niños que comen rápido para volver a jugar, ella regresaba sola a bailar frente al escenario, y parecía cantar a la vida llena de felicidad.

Se acercó a nuestra mesa y, poco a poco, comencé a hacerle algunas preguntas. Con gran amabilidad me respondía, casi como dando un testimonio. Contaba que cuando era niña, en la escuela, sus compañeros la aislaban por tener la piel oscura. Cuando su padre se dio cuenta, le dijo: “¡Tú no eres una negra, eres una princesa africana!” Ella lo creyó, y desde ese momento todo cambió.

Entre un baile y otro, al ritmo de las melodías intensas de la música caribeña, la señora contaba que había pasado mucho tiempo en el hospital a causa de un tumor. Además de su propia terapia, se había dedicado a ayudar a otros sobrevivientes de

cáncer. En sus palabras, en su convivencia, en las actividades grupales y en la fisioterapia, nunca hablaban ni pensaban en la enfermedad. Así salieron del hospital sanados, comenzando desde su interior.

Entonces comprendí la felicidad que aquella mujer — Felicia, casi olvidaba decirles su nombre— irradiaba con toda su persona. Para mí fue el centro de la fiesta, a sus noventa y cinco años, con su elegante vestido verde esperanza. ¡En el corazón de la fiesta y del Reino! (cf. Mt 25).

Muchas veces, frente a situaciones felices, providenciales, de profunda alegría o plena satisfacción, nos hemos dicho: “Es demasiado bueno para ser verdad, es demasiado bueno para durar por siempre”.

La experiencia —la nuestra y la de otros— nos confirma continuamente que las alegrías de esta vida son pasajeras, que están mezcladas con el sufrimiento. Y, sin embargo, esas mismas alegrías nos educan en la esperanza y nos preparan para la alegría que no tendrá fin, al mismo tiempo que nos la señalan: es verdad, existe y existirá.

Las experiencias de la vida, incluso las negativas y las de fracaso, apuntan igualmente hacia esa misma esperanza. Desde cierto punto de vista, Belén es un fracaso, y lo es todo el plan de la salvación, tanto que san Pablo llega a decir que la palabra de la cruz es un escándalo. Hablando de su propia formación y de la teología en la que se había formado, afirma haber considerado todo como basura con tal de conocer a Cristo (cf. Flp 3,8) y de tener su misma manera de pensar (cf. 1 Co 2,16).

Así lo pensaban también los discípulos de Emaús (cf. Lc 24,13-35): “ha sido un fracaso”. Así los apóstoles en la víspera de Pentecostés. Así yo. Así tal vez tú, en algunos momentos de la vida.

Sin duda, las experiencias amargas de la vida —las sorpresas o las pesadillas— proyectan una luz distinta sobre la realidad de Belén y de la familia de Nazaret, como también sobre nuestras familias y nuestra convivencia. Pero esta amargura puede volverse dulce al paladar (cf. Ez 3,1-3), gracias a Belén y a la luz del Verbo Encarnado.

Entendemos por qué Antonio Rosmini indica a los novicios que la obediencia solo puede vivirse en la autorendición (Memorial de la II prueba, Cap. VIII, *sobre negarse a uno mismo y la obediencia*), viviendo la humildad del ocultamiento, nuestro estado electivo (Constituciones, n.º 521-531) y a todos los cristianos que pueden actuar con un espíritu de inteligencia (sexta máxima) solo reconociendo íntimamente su propia nada (quinta máxima). La humildad no se propone aquí como un deber moral, espiritual o ascético, sino porque es parte constitutiva de nuestro ser como criaturas. Se trata, ante todo, de hacer verdad y de reconocer lo que somos, y solo así podemos crecer y madurar. Las ciencias humanas nos ayudan en este camino del “conócete a ti mismo”; de hecho, “lo que no es asumido no es redimido”, como enseñan los Padres de la Iglesia: Ireneo de Lyon, Atanasio, Gregorio Nacianceno, y luego en la expresión de nuestra fe a través del Credo de Nicea: “descendió del cielo”. Es la *kénosis*, el anonadarse del Hijo de Dios, que también se convierte en parte de nuestra vida cotidiana.

Así, la Liturgia, por ejemplo, nos habla de “gustar anticipadamente” en la tierra lo que será en el Cielo. Los Padres de la Iglesia, especialmente san Agustín, después de la Biblia el autor más citado por el Beato Antonio Rosmini, distinguen entre *uti* y *frui* —usar y disfrutar— (cf. *Confesiones*, libro X), y el mismo Rosmini parece aplicar este principio al desarrollo de las sociedades y de la Iglesia, donde es preferible buscar satisfacción y realización más que riqueza “cuantitativa”, placer o felicidad (cf. *Filosofía de la Política, De la causa somera por la que las sociedades humanas prosperan o se arruinan; Filosofía del Derecho*, nn. 225-234).

En la Antropología al servicio de la ciencia moral, cuando se recuerda que los dos instintos esenciales del hombre son el de supervivencia y el de conservación, se deduce la importancia de conocernos, de conocer nuestros deseos y el valor profundo de nuestros anhelos, que de algún modo están conectados con estos instintos. El deseo es fundamental para ordenar nuestras intenciones, decidir amar y responder a la vocación (cf. I Máxima de perfección).

Por lo tanto, ¿no será acaso que para que la alegría se extienda más en el tiempo y en la vida, y para que se realice en la tierra una felicidad organizada, creciente y continua, es necesario dar una respuesta? ¿No dependerá quizás de nuestra respuesta a la llamada del Señor?

Dios pronunció tu nombre —un nombre nuevo que la boca del Señor ha indicado (Is 62,1-5)— en el momento de tu concepción, y exististe; lo pronunció nuevamente y eres su discípulo (cf. *Discursos de la Caridad*, primer discurso ‘la cadena

de oro’). Al menos una vez Dios pensó en ti y te llamó a la vida; en realidad, siempre piensa en ti, ha tatuado tu nombre en la palma de su mano (Is 49,16), sigue tus pasos (Sal 55,9) y está listo para llamarte de nuevo a la vida, ¡como hizo con Lázaro! (Jn 11,1-45).

Esta es LA vocación, la primera y absoluta llamada: la llamada a la vida y, dentro de ella, a una vida más grande, la de la eternidad mediante el Bautismo. Son llamadas que implican una respuesta —así como las estrellas responden al Señor “aquí estoy” (Bar 3,34)— para estar realmente vivos; llamadas que requieren un camino: el de la santidad, la perfección en el Amor (cf. Lección Espiritual I, n. 3), para poder estar con Él para siempre.

¡Llamados por nombre a la vida y a la alegría eterna!

En esta perspectiva, cómo se redimensionan tantos problemas, que se vuelven marginales y superfluos, y cómo, en cambio, se magnifican las responsabilidades hacia el Evangelio de la Vida, la promoción de la humanidad, el compromiso con el prójimo, el trabajo por cuidar y proteger la vida y la creación. Porque *“la vida es la vida”*, decía Madre Teresa de Calcuta (1910-1997), ella que había comenzado todo simplemente permaneciendo al lado de un indigente tendido en la calle en sus últimos momentos de vida, para que pudiera morir como un ser humano. Un mensaje, conocido como su “himno a la vida”, dice:

La vida es belleza, admírala.
La vida es una oportunidad, aprovéchala.
La vida es bienaventuranza, saboréala.
La vida es un sueño, hazlo realidad.
La vida es un desafío, enfréntalo.
La vida es un deber, cúmpelo.
La vida es un juego, júégalo.
La vida es preciosa, cuídala.
La vida es una riqueza, consévala.
La vida es amor, entrégala.
La vida es un misterio, descúbrela.
La vida es promesa, cúmplela.
La vida es tristeza, supérala.
La vida es un himno, cántalo.
La vida es una lucha, acéptala.
La vida es una aventura, arriesga.
La vida es felicidad, merécela.
La vida es la vida, defiéndela.

Nos preguntamos, ante cualquier situación: ¿qué puedo hacer? ¿Cuál es la llamada? ¿Cuál es mi respuesta?

Las situaciones límite, la vida de tantas personas a la deriva, los sobrevivientes que sufren las consecuencias de las guerras, las luchas demagógicas e ideológicas que aíslan y aniquilan a franjas enteras de la sociedad en nombre del progreso, las indigencias de nuestro mundo opulento, ya incapaz de traspasar la barrera impuesta por los algoritmos o los cierres establecidos por las inteligencias artificiales, esperan una

respuesta que es respuesta a mi crecimiento como persona, a nuestro camino como familia y a la caridad.

En la Asamblea de la Provincia India del pasado mes de febrero, los padres y hermanos se preguntaban: ¿cómo prepararnos y vivir el Bicentenario del Instituto? Realizando una obra social en favor de los pobres, sin intereses ni utilidades, únicamente para celebrar y vivir la caridad que el Padre Fundador nos transmitió con este carisma y esta espiritualidad, es un ejemplo hermoso de imitar, es un propósito que por sí mismo tiene la bendición del Señor, porque responde a la vocación a la vida y desarrolla la vocación cristiana a la santidad en la caridad.

Tú primero hermano; tú primero hermana, estás llamado a vivir tu vida, cada día. Nadie elige por ti ni decide por ti vivir la vida. Y es necesario reflexionarlo y asumirlo como una verdadera vocación, frente a una sociedad que hoy oscila entre la neurosis y la psicosis; los medicamentos para estabilizarnos ya no se encuentran solo en la farmacia, sino también en el supermercado, entre la pasta, el arroz y las conservas; muy a menudo adolescentes y jóvenes consumen normalmente melatonina para poder dormir y en nuestras conversaciones emergen ya cotidianamente —incluso entre los niños— términos como ansiedad, depresión (a la que en algunos lugares se llama amistosamente *“la depre”*), frustración, además de otros siempre presentes como ira, rabia, envidia. Incluso hace solo algunos años no se preguntaba normalmente a un joven si había dormido bien o si se sentía bien; se consideraban preguntas inútiles o fuera de lugar.

El gran teólogo suizo Hans Urs von Balthasar (1905-1988) define la vocación como una *“respuesta esperada”*, aguardada por parte de Dios. Unida a la vocación fundamental a la vida está la vocación a seguir a Jesús, a ser sus discípulos misioneros, la vocación bautismal a la santidad. En las historias de vocación de la Biblia vemos que vocación y misión están interconectadas, porque la misión es siempre testimonio de la vida en las llamadas de los jueces, de los profetas, de los justos y de los santos. También Jesús llama a sus discípulos ante todo para que estuvieran con Él y luego para enviarlos (Mc 3,13-19). Pero llamada y respuesta son dos pasos distintos: Dios llama y espera una respuesta, dejándote totalmente libre. Te llama a estar con Él y también a formar parte de su plan de salvación en ti y en la humanidad, en ti y en la historia, en ti en el hoy y en el futuro.

Para nosotros, los rosminianos, la vocación de María de Nazaret es un ícono de nuestro propio modo de vivir el Evangelio; es un ícono de la verdadera misión en las *Máximas de perfección cristiana* del Beato Antonio Rosmini (contemplamos sus actitudes interiores en la quinta máxima, n. 7), quien fue bautizado precisamente el día de la Anunciación, como recuerda en su diario personal, asumiendo que Dios le dio por madre a la Madre del Señor. Jesús mismo indicará a María, a los pies de la cruz, como la madre de todo rosminiano y rosminiana, porque en ese momento Jesús moribundo nos la había entregado a todos como madre y a nosotros a ella como hijos. Vocación y misión en Nazaret, vocación y misión en el Calvario. Ser al mismo tiempo discípulos misioneros, como hoy nos anuncia la Iglesia.

Es lo que encontramos en la palabra del Concilio Vaticano II —a sesenta años de su clausura— dirigida a toda la Iglesia: María es la primera de los creyentes (cap. VII de *Lumen Gentium*), todos estamos llamados a la santidad (*Lumen Gentium*, nn. 39-42) y todos debemos engendrar al mundo a Jesús como María lo hizo en la carne, a través de nuestra vida cristiana (*Lumen Gentium*, nn. 63-65, retomando la enseñanza de Ambrosio de Milán).

La vocación bautismal a la santidad es una llamada por nombre a cada uno de nosotros; es la invitación a todo el pueblo de Dios: “*Sean santos, porque yo, el Señor su Dios, soy santo*” (Lev 19,2); es la definición más simple y clara de lo que Dios quiere de cada uno de nosotros: un camino de santidad (1 Tes 4,3). Como recuerda el Apóstol, hemos sido constituidos en santidad, santos por vocación (Rom 1,7), porque hemos sido separados, puestos aparte del mundo, para ser santos e inmaculados (Ef 1,4).

Es una condición la del cristiano: estar en un camino de consagración, pertenecer a Dios habiendo recibido su sello (Ap 7). Es una pertenencia recíproca que nos hace crecer en el amor. Antonio Rosmini observa que en tal pertenencia o “*esclavitud*”, el señorío divino no redundaba en beneficio del Señor, sino de los siervos (*Filosofía del Derecho*, nn. 92-98). Se trata de una pertenencia que promueve y exalta, fuente de vida y de progreso. En la obra *Educación cristiana*, Antonio Rosmini comenta la condición del hombre cristiano presentada por el Apóstol en la carta a los Efesios (Ef 6,1-16) y dice, entre otras cosas, que en la palabra vocación, si se la considera bien, se recapitula de algún modo todo el misterio de la salvación humana (*Educación*

cristiana, nn. 98-123. Véase también el desarrollo de la vocación a la misión, n. 129 ss.). ¡Te he llamado por tu nombre, tú me perteneces! (Is 43,1).

Anclados en la esperanza, arraigados en la Caridad

El camino del año jubilar nos ha hecho experimentar lo que afirma la Carta a los Hebreos sobre la vida bautismal: estamos anclados en la esperanza (Heb 6,17-20), la esperanza es nuestra seguridad y difunde en nosotros la alegría (Rom 12,12), es un ancla que nos aferra a la roca del amor de Dios, el Amén, el Fiel. ¡A Él, de hecho, queremos aferrarnos y deseamos permanecer anclados cada vez que en la oración respondemos y repetimos: *Amén*!

Esta Roca de Fidelidad, mi Dios, es el Amor en el cual estamos arraigados y fundamentados, como nos anuncia nuevamente el Apóstol (Ef 3,17; es el exergio que el Beato Antonio Rosmini colocó en las *Reglas Comunes*, como la única interpretación de una vida que es espiritual).

Así, para nuestra familia de creyentes, continúa el camino con Antonio Rosmini hacia el Bicentenario de la Fundación (1828), un camino iniciado en la esperanza como nuestra ancla de salvación en el recorrido de toda la vida, hacia el Amor de Dios en el cual estamos arraigados y sobre el cual estamos fundados: un árbol que extiende sus ramas al sol porque tiene raíces que penetran generosas en la tierra —una familia religiosa que se proyecta en la misión porque está arraigada en la tierra de su propia humanidad transfigurada y redimida, puesta al servicio—

una casa firmemente fundada sobre la roca del Amor de Dios — un grupo de hermanos y hermanas que recibe sobre sí el nombre de la Caridad, como signo de su ser discípulos de Cristo (cfr. *Reglas Comunes*, n. 28).

Por esto no se cierra para nosotros la puerta santa, que simbólicamente se convierte en la puerta de esa pequeña y humilde habitación habitada por el Beato Antonio Rosmini desde el momento en que llegó al Monte Calvario de Domodossola para escuchar la voz del Señor (*Carta a los hermanos don Pietro y Paolo Orsi, 19 de febrero de 1828*) y la luz que Él le mostraría (cfr. *Constituciones*, Preámbulo). Permanece abierta la puerta para vivir este próximo año juntos como año de la vocación. También el Santo Padre ha invitado a toda la Iglesia a no cerrar las puertas a la acogida y a la misericordia, para que la Iglesia sea hogar de los sintecho y de los cansados (*Jubileo de los Migrantes, 5 de octubre de 2025*).

De la esperanza a la Caridad, anclados en la esperanza, arraigados en el Amor, es nuestro camino, por recorrer día a día respondiendo a la vocación.

2026 Año de la Vocación – Rovereto

Contemplaremos en este próximo año 2026 la vocación del Padre Fundador, el Beato Antonio Rosmini, y hacemos una parada y peregrinación a Rovereto, donde él nació.

Estamos en camino como familia rosminiana hacia el Bicentenario de la Fundación (2028), y la etapa de Rovereto nos

permite conocer, en los afectos familiares, su vocación a la vida y a la santidad, casi al mismo tiempo, en la fiesta de la Anunciación.

De adolescente, Tonino escribirá en su *Diario personal*, quizás concluyendo el año después del *Te Deum* de acción de gracias: *"Este año fue para mí año de gracia: Dios me abrió los ojos sobre muchas cosas, y conocí que no había otra sabiduría que en Dios"* (1813).

Se remonta a este momento la conciencia de su vocación más específica de orientarse al servicio de Dios (cfr. Alfeo Valle, *La verdadera sabiduría está en Dios*), y escribirá a un amigo: *"He decidido hacerme sacerdote"* (22 de septiembre de 1814).

La llamada de Dios es una realidad viva que interpela en las situaciones cotidianas, siempre en crecimiento. La vocación, —toda vocación, empezando por vivir la vida como vocación—, es un don que me hace crecer en la fe, en la esperanza y en el amor, porque es don de Dios, Aquel que era, que es y que viene, el viviente (Ap 1,8). Y el Apóstol dice que los dones de Dios son irrevocables (Rm 11,29), y que cada don del Espíritu es dado para el bien común (1Cor 12,7). La vocación es como un fuego que consume para una misión (cfr. Jer 20,9).

El Beato Antonio Rosmini, ordenado sacerdote, discierne del Espíritu Santo una vocación adicional al vivir su ministerio sacerdotal según el principio de escuchar la Palabra de Dios. Esto es lo que llamamos el principio de pasividad, es decir, dejar la elección al Señor, permaneciendo a disposición de su voluntad. La vocación de vivir como María en Nazaret, en la escucha y en el servicio.

Se le solicita, joven sacerdote, por parte del Patriarca de Venecia, acompañarlo a Roma en visita al Papa Pío VIII. El mismo Pontífice le dirige una vocación especial, como relata el mismo Padre en la *Introducción a la Filosofía*:

"Recuerdo aún sus palabras amorosas y con autoridad, las cuales fueron aproximadamente estas: 'Es voluntad de Dios que se ocupe de escribir libros: tal es su vocación. La Iglesia actualmente tiene gran necesidad de escritores: digo, de escritores sólidos, de los cuales tenemos extrema escasez. Para influir útilmente en los hombres, hoy no queda otro medio que tomarles con la razón, y mediante esta conducirlos a la religión. Téngase por seguro que usted podría dar un beneficio mucho mayor al prójimo ocupándose en escribir, que ejerciendo cualquier otra obra del sagrado ministerio.' De tal manera, aquel sumo Pontífice de santa memoria me trazaba el camino y me exhortaba a recorrerlo; y no puedo olvidar con cuántas palabras y con cuánto calor y bondad continuaba demostrando la verdad de su consejo, y especialmente persuadiéndome de que los hombres debían conducirse por el razonamiento. (...) Así se determinó la dirección de mis estudios posteriores (...)" (Discurso sobre los estudios del Autor, n. 11).

Es su vocación personal, no simplemente una obra que hacer, sino aquello para lo cual nació, como diría el p. Herbert Alphonso, s.j. (1930-2012) en el áureo librito que les recomiendo (*La vocación personal*, traducido a múltiples lenguas).

Y yendo aún más al centro de ese fuego que es la vocación en Antonio Rosmini, surge la llamada y el don de un carisma que ha involucrado a todos nosotros de alguna manera: la llamada

desde la escucha atenta de la Palabra en una Cuaresma, para iniciar una nueva familia religiosa, una congregación, una sociedad que tome el nombre de la Caridad.

Una vocación que, habiéndose extendido de él a muchísimos otros, recibe aprobación de algunos Obispos y luego de la Santa Sede (1839), ya desarrollándose en la fundación de las Hermanas de la Providencia (1832), y que se extiende luego a muchos más a través de algunos rosminianos fundadores como Mons. Eugene Arthurs en Tanzania (1954, Hermanas de Nuestra Señora de Usambara) y p. Steven Harney en Venezuela (1983, Familia Fuente Real).

Nuestro Beato Padre Fundador reconoce en otras “llamadas” a nuevas obras de caridad otras tantas vocaciones especiales a las que responder, como “anunciaciones” para él y la nueva *Societas a Charitate*. Por esto, anota en el diario de obras los días bendecidos de estos nuevos “emprendimientos”, las personas encontradas y las solicitudes de nuevas obras a realizar por los hermanos de la Caridad, como nuevas especies de Caridad según el orden del bien (cfr. *Diario de la Caridad*). Él vive como vocación la profesión de su vida, no solo su ser religioso y sacerdote, o su escritura. Por esto dice también a nosotros, religiosos, que veamos en el Superior que nos envía de un lugar a otro y de una obra a otra, a aquel que nos anuncia cuánto el Señor nos llama a hacer, nos anuncia cuánto hemos querido desde el principio con nuestro primer *sí* (cfr. *Constituciones*, nn. 691-695), como María en la Anunciación del ángel.

Por otra parte, vivir el trabajo y la profesión como vocación —esto involucra la testimonianza de vida personal— es

lo que había indicado en la sexta Máxima a todos los cristianos que saben trabajar en el gran taller del mundo y de la Creación, colaborando con su Señor Dios (cfr. VI Máxima de *Perfección cristiana*).

La vocación y la misión a menudo coinciden en la vida de los profetas, se decía. Y el Señor dirige a Rosmini una vocación personal a través del gobierno civil, no solo mediante la voz del Papa, para ser embajador ante la Santa Sede en un momento histórico entre los más difíciles y complicados también para la Iglesia. Verdaderamente Rosmini vive esta misión en Roma —y siguiendo luego al Papa a Gaeta y a Nápoles— como una vocación especial para servir al bien de la Iglesia, como lo testimonia su detallado diario, recogido en el volumen *La Misión en Roma*.

La etapa de Rovereto en 2026 para nosotros tiene el significado de detenerse y reflexionar sobre aquellas luces, enseñanzas y ejemplos que llegan a mí y a mi vocación desde la actitud vital del Beato Antonio Rosmini hacia la voz de Dios que lo llamaba, lo interpelaba a una respuesta. ¿Qué reflejos tiene en mí como cristiano, como padre o madre de familia, como religioso o religiosa en formación, como hermana comprometida en la educación o en las tareas domésticas más pequeñas, como sacerdote en el ministerio o en la obra más escondida?

De la Vocación, las vocaciones

Si miro mi vida, sobre todo al llegar al final del año civil y comenzar el nuevo año, que nos mira – mi familia o mi comunidad, mi parroquia o aquellos que hacemos “vida activa”,

mi escuela o quienes estamos “codo a codo” cada día – me pregunto: ¿qué respuesta estoy dando a mi vocación?

No existe una respuesta de manual, porque hay muchos modos de ser sacerdote o hermana, misionero o padre de familia, docente o profesional, catequista o adscrita.

Quizás, en primer lugar, debería preguntarme si tengo claridad sobre mi vocación, si siento el fuego de la llamada – ardiente o en brasas, y de hecho estas últimas cocinan mejor el pan blanco de la santidad –, si identifico la “llamada” a través de reglas y documentos, la Palabra y las palabras, o si la reconozco en la carne del Hijo de Dios que me ama y se da a sí mismo por mí (Gal 2,20).

¿Tengo clara la identidad, visión y misión de mi llamado? El Padre Espiritual y el Formador solían preguntar: “¿Amas tu vocación?” Casi como si hubiera un tipo de simbiosis o personificación de la vocación. Me parece que era como preguntar: ¿Amas a Jesucristo, que te ha llamado? (cfr. Jn 11,28).

Este amor por la vocación tiene una dimensión comunitaria que emerge del Nuevo Testamento, y que es la propuesta de la Iglesia y de la vida religiosa, contra la cultura dominante del individualismo, del narcisismo, del “hacerse solo”. Incluso cuando se habla de la persona – lo recordaba recientemente el Santo Padre – hoy se entiende a menudo al individuo desligado de un contexto social y vital, como un absoluto, mientras que la misma vocación y misión siempre tiene una finalidad común y hacia los demás: “*del yo al nosotros*”, convertirse en familia, construir comunidad.

Del carisma de uno, el carisma de todos

Vivimos juntos la vocación a la vida, a la santidad y nuestra vocación particular o personal como hermanos y hermanas que siguen una espiritualidad, una orientación especial al vivir el Evangelio según sus directrices esenciales – las *Máximas de Perfección* –, un carisma propio, el carisma de la caridad universal.

Del carisma de uno, el carisma de todos. La expresión proviene de una de las catequesis del Papa Francisco sobre el *Espíritu y la Esposa*, en la que explica siguiendo la primera carta a los Corintios: *He aquí revelado el secreto por el cual la caridad es definida por el Apóstol como “el camino más excelente de todos”* (1Cor 12,31): ella me hace amar a la Iglesia, o a la comunidad en la que vivo, y, en la unidad, todos los carismas, aunque parezcan poca cosa, son de todos y para el bien de todos. La caridad multiplica los carismas: hace del carisma de uno, de una sola persona, el carisma de todos. (20 de noviembre de 2024)

Del carisma de uno – regalo dado por el Espíritu Santo al Beato Antonio Rosmini – surge el carisma de todos nosotros, que después de casi doscientos años nos sentimos atraídos por él, seguimos sus pasos, queremos formarnos y caminar por esta vía nueva para vivir el Evangelio y desear la santidad día a día.

El método educativo en la Iglesia para los pobres

Del carisma rosminiano, la Iglesia también hoy nos señala el camino por medio del Papa León XIV, quien en su primera

Exhortación Apostólica Dilexi traza el recorrido histórico de la Iglesia dedicada a los pobres que Dios eligió primero (capítulo II) y para los pobres (capítulo III), porque la Iglesia: "reconoce en los pobres y en los sufrientes la imagen de su fundador, pobre y sufriente, se preocupa por aliviar su indigencia y en ellos busca servir a Cristo" (n. 36). El Santo Padre, al hablar sobre la educación de los pobres, asocia al Beato Antonio Rosmini con San Juan Bosco, uniendo al método preventivo de "amor, razón, sensatez" el desarrollo de la caridad intelectual, "como dimensión indispensable de cualquier acción caritativa que busque el bien y el desarrollo integral de la persona" (n. 70).

Como rosminiano, me impresiona mucho que Papa León haya comenzado presentando a los padres de la Iglesia y a los pobres (n. 39 ss.), en particular el testimonio de San Juan Crisóstomo, del cual nuestro Fundador fue un lector atento desde su juventud.

No se trata solo de un repaso histórico en relación al camino de la Iglesia, sino de una verdadera llamada del Papa a nuestra familia rosminiana, como un día lo fueron Pío VIII y Gregorio XVI para el Beato Padre Fundador. De hecho, el Santo Padre no cita un texto de Rosmini al respecto, sino las palabras de Papa Francisco en el Capítulo General del Instituto de la Caridad, el 1° de octubre de 2018, e indica la caridad intelectual como imprescindible para vivir y realizar tanto la caridad material como la cumbre caridad espiritual - pastoral.

La Exhortación Apostólica afirma que, si no se va a los pobres, no habrá transformación ni crecimiento en la sociedad; aplicado a lo que dice el Papa sobre nosotros, sin caridad

intelectual no habrá un desarrollo pleno de la caridad ni de la Iglesia. Al mismo tiempo, si no vamos a los pobres, nunca se podrá desarrollar la caridad intelectual.

También San Juan Pablo II, citando a Antonio Rosmini en *Fides et Ratio* (1998, n. 74), nos indicaba veladamente – estábamos antes de la Nota (2001) y de la Beatificación del Padre Fundador (2007) – y en sentido amplio por derivación, la caridad intelectual como vía de la Iglesia, asociando a Rosmini con Newman y otros autores recientes sobre la fecunda relación entre filosofía y palabra de Dios. Por último, quisiera notar que es la primera vez que el Papa, en un documento oficial extendido a toda la Iglesia, nombra al Instituto de la Caridad, como el hijo que continúa la obra del Padre (cfr. Jn 5,16-30).

El Santo Padre reconoce que no fue solo una teoría educativa del Fundador, sino que la caridad intelectual se ha extendido por medio de los rosminianos y rosminianas, religiosos y religiosas, sacerdotes, hermanos e hijos adoptivos, en muchísimos centros educativos, escuelas y colegios.

El Papa indica la caridad intelectual como un camino para toda la Iglesia y nos señala a nosotros el camino a seguir: la vocación dentro de la vocación. Podríamos decir, como el Padre Fundador: “así se determinó la dirección de nuestro trabajo” y, como él, ponernos en acción: vocación y misión.

Este año fue para mí un año de gracia

De la llamada – vocación, María después de la *Anunciación* se pone en camino para visitar y ayudar a Isabel. Del

encuentro de las dos mujeres, María exulta en el Señor su Dios. A la llamada, el *sí* de la respuesta se traduce en la caridad y tiene como fruto la alegría y el júbilo.

También nosotros, como el Padre Fundador, consideramos y contemplamos este año, lo hemos dicho, que poder ver toda la sabiduría en Dios nos permite reconocer que todo en las manos de Dios es bueno, que todos los medios son adecuados para su voluntad, y que Él prepara para nosotros un camino que debemos recorrer, y a veces nos eleva sobre alas de águila, como lo hizo con todo su pueblo.

Sin duda, este fue para mí – para nosotros – un año de gracia, lejos de todo miedo y mentira (Jn 8,44), que son obras de las tinieblas; nos revestimos, terminando el año y comenzando el nuevo, con las armas de la luz (Rm 13,11-12). Por esto, el *Te Deum* de acción de gracias resume todo y proyecta todo en la providente bondad misericordiosa de nuestro Dios, como la señora Felicia que danza hacia la vida.

Tomemos el tiempo necesario para hacer nuestro himno de acción de gracias, diciendo con el Beato Antonio Rosmini: *“este año ha sido para mí un año de gracia, porque descubrí aún más que la única sabiduría está en Dios”*.

Agradecemos al Papa León XIV y al Papa Francisco por habernos indicado la vocación a la caridad intelectual. Gracias, Papa León, por comunicarnos la paz de Jesús, *“una paz desarmada y una paz desarmante, humilde y perseverante”* (primer saludo, 8 de mayo de 2025).

Un año de gracia para los hermanos que han sido ordenados presbíteros:

- Henry Mutune, el 4 de enero en nuestra parroquia de S. Anna en Kibiko (Kenia)
- Simon Nzau McKenzie, el 3 de mayo en la Catedral de N.S. de Lourdes en Machakos (Kenia)
- Joseph Tembo, el 4 de junio en la Catedral de S. Antonio en Tanga (Tanzania)
- Reagan Otieno, el 21 de julio en la parroquia de Rang'ala, Kisumu (Kenia)
- Daniel Thannickal, el 16 de agosto en la Iglesia de S. Agostino en Mararikulam, Allapuzha (Kerala - India)

El deseo de servicio a nuestros diáconos, ordenados el 18 de noviembre en la Basílica de S. Carlo al Corso, Roma: Andrea Adelardi y Michel Collu.

La acogida del corazón a los hermanos que, terminando su Noviciado, han hecho la Primera Profesión Religiosa, el 6 de mayo en Lushoto (Tanzania): Ignace, Mathias, John, Ernest, Ronald, Sisty; y el 8 de septiembre en Coimbatore (India): los hermanos Godson, Ebin y Alfin.

El acompañamiento agradecido en la oración a los hermanos que están caminando en el Postulado y en la escuela de afectos del Noviciado, en India, Tanzania y Roma.

Agradecemos al Señor por la consagración generosa de nuestros hermanos en su Jubileo de vida religiosa y sacerdotal:

Jubileos de Vida Religiosa

70°: Fausto Gobber, Andrea Bellebono, Nazzareno Natale

65°: Philip Scanlan, Patrick Pierce, Michael O'Shea, Michael Melican

60°: Mario Pangallo, Patrick Joseph Fegan, Christopher McElwee

50°: Philip Sainter

25°: Erick Otieno Omondi, Fregiel Massawe, Martin Vareed Madavana, Biju Varuthunni, Muttikal, Jose Francis Kuttikkatt

10°: William Milanesio, Aravind Peyyala, Henry Mutune, Andrea Adelardi

Jubileo de Ordenación Sacerdotal

60°: Anthony Meredith

50°: Mario Adobati, Christopher McElwee, Oliver Stansfield

25°: Alosious Culas Kaithan, George Abraham Puthoor

10°: Reji Thattilkada, Simon Agak, Thomas Okiyo, Sylvester Munyao

Damos alabanza al Señor también por la formación de nuestros hermanos, por su preparación intelectual y por cuantos se han dedicado durante este año a vivir una caridad ordenada y a servir mejor a la Iglesia mediante cursos de renovación, masters y tomando con plena conciencia sus estudios de idiomas, filosofía, teología y educación.

En particular, nuestros sinceros agradecimientos y felicitaciones al P. Henry Mutune, que obtuvo la Licencia en

Safeguarding en Roma; al Fr. Reginald Omare, que obtuvo el Doctorado en Contabilidad en Tanzania; y al P. Jorge Rincon, que obtuvo el Doctorado en Educación en Venezuela.

Damos alabanza al Señor y celebramos la vida recordando a nuestros padres y hermanos que el Señor ha llamado a su casa – y a nuestra casa – durante este año. Recordamos a las hermanas, a los familiares, a los adscritos, y con ellos también al Hermano Brian Butler y a los Padres Francis Joseph Quinn, Gerald Patrick Cunningham, John James Gordon, James McAteer y William Augustine Curran. La respuesta a su vocación nos inspira a colaborar siempre con los dones del Señor.

Fue para nosotros un año de gracia para los nuevos adscritos que se han incorporado a la familia y que, viviendo con nosotros la espiritualidad rosminiana, son testigos de la llamada universal a la santidad y, en algunos casos, hacen presente el Instituto de la Caridad incluso donde aún no hay, o ya no hay, sacerdotes o religiosas rosminianas. Doy alabanza a la Providencia del Señor por los ocho hermanos y hermanas que realizaron su adscripción en Panamá, en la parroquia de la SS. Trinidad, el pasado 16 de noviembre: los esposos Marvin y Liliana, Daniel y Angélica, y las hermanas María, María Luisa, Ruth y Sara. Agradezco al párroco, P. Carlos Mejía, y a sus colaboradores por la generosidad en acoger el carisma rosminiano en la parroquia.

Permítanme finalmente recordar que, en el próximo año 2026, se celebrarán 200 años desde que el Padre Fundador

comenzó a componer las Máximas de Perfección Cristiana, en Milán, junto con la redacción de algunos Opúsculos Políticos. Tras los primeros cinco años de sacerdocio, inmerso en los estudios y en la meditación de la Palabra, instruido por la experiencia y las enseñanzas de los Padres de la Iglesia, el Padre Fundador recoge esta síntesis del Evangelio que será fundamento de su espiritualidad y del carisma de la Caridad, porque: “tenemos un código máximo común a todos los cristianos, el Evangelio de Cristo” (Constituciones, n. 464 D). Las Máximas conducen al Evangelio como su fuente directa, deben convertirse en jugo y sangre; nunca se entienden suficientemente, explicará el mismo Rosmini en muchas cartas a los hermanos y hermanas.

Es necesario, y les pido, traducir las Máximas a las lenguas locales, dondequiera que estemos presentes como familia. Sería hermoso comprometernos en este próximo año aniversario de las Máximas para traducirlas a nuevas lenguas, darles a conocer, apreciarlas más y vivirlas con toda nuestra intención de servir a Dios en los hermanos y hermanas. Estoy convencido de que presentar las Máximas a la gente en su lengua hará renovar nuestras comunidades y florecer la espiritualidad en el corazón de muchos, llevándolos a Jesús y a la Iglesia. Que sea un año de gracia, para comprender que la única sabiduría está en Dios, y que Él se encuentra en el corazón del hermano y en tu corazón: es el rostro del Niño de Belén.

Permítanme terminar con el testimonio de S. Charles de Foucauld (1858-1916) que, tras su conversión, había dicho:

“apenas comprendí que había un Dios, comprendí que podía vivir solo para Él”:

“He perdido mi corazón por este Jesús de Nazaret crucificado hace mil novecientos años y paso mi vida tratando de imitarlo tanto como puede mi debilidad”.

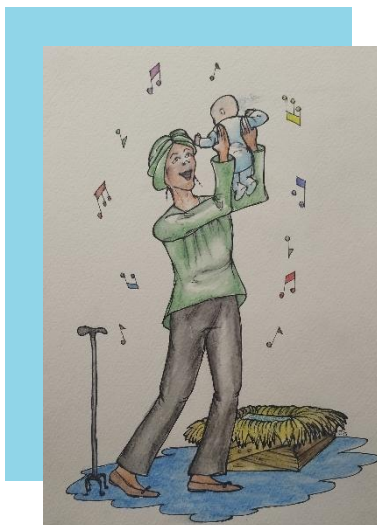
Este es mi deseo para todos ustedes, queridos hermanos y hermanas, para esta Navidad y para el Nuevo Año 2026.

Nuestra vocación es Jesucristo, la Palabra que se hizo silencio en Belén, en la cruz, en la Eucaristía.

En Él, les amo.

Marco Tanghetti
Marco Tanghetti
Padre General

Roma, Natale 2025



Un vivo agradecimiento al amigo Carlo Carlini, por haber ilustrado la portada de la carta, que interpreta así: “TE HE LLAMADO POR NOMBRE”. Para el Bautismo, pensé en una Familia, y pensé en la Familia de Nazaret, con el ángel que mira a María, la llamó por su nombre en la Anunciación. Se ve a Jesús de espaldas que, por ejemplo, llamó a Lázaro por su nombre y también llamó por nombre al Beato Rosmini. Todos respondieron a la llamada.

En la contraportada se encuentra la oración por las vocaciones propuesta en el julio vocacional 2025: en esta oración se pide por las vocaciones dentro de la familia rosminiana, por las vocaciones al servicio y por la transformación misionera de nuestras comunidades y de toda la Iglesia. En la oración se cita la palabra del Papa Francisco comentada en esta carta, “del carisma de uno, el carisma de todos”, y también el lema de Papa León, “en el único Cristo somos una sola cosa (in illo uno unum)”. La Palabra de Dios que ilumina la oración es la de Jesús Buen Pastor: “He venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia” (Jn 10,10).

ORACIÓN POR LAS VOCACIONES

Señor Jesús,
Pastor eterno de tu rebaño, estás en medio de nosotros
para darnos *vida en abundancia*:
anima nuestra esperanza, sostén nuestra espera, alimenta
nuestra alegría.

Jesús, tú eres por nosotros y con nosotros peregrino de
esperanza:
esperamos en ti y en tus promesas, queremos dar
testimonio de ti en el mundo.

Santo Espíritu, sigue dando a la familia rosminiana
hermanas y hermanos que vivan el carisma de la caridad
como humildes servidores en la Iglesia.

*Desde el carisma de uno -el beato Antonio Rosmini- el
carisma de todos:*

adscritos y consagrados, religiosos y religiosas, sacerdotes
y familias cristianas.

Padre, concédenos caminar en unidad y promover la
fraternidad en la vida diaria,
porque *en el único Cristo somos uno*.

Santa María de la Esperanza, acompáñanos: estamos
contigo peregrinos en la esperanza. Amén.

